

Paralelo 38

Manuel Campa

Sólo a los viejos les suena “paralelo 38”; a los más jóvenes hay que informarlos de que era la zona de lucha, en la Guerra de Corea, en los años cincuenta, entre Corea del Norte y los Estados Unidos. Cuando, hace medio siglo, se proyectó la película “Corea, hora cero”, los espectadores de entonces vivíamos la ilusión de asistir en directo a una batalla, dirigida, inicialmente, por la parte americana por MacArthur, uno de los héroes de la guerra del Pacífico. Esa impresión del cine se revivió, más tarde, con la TV, en los bombardeos aéreos sobre Irak, o, el pasado 11 de septiembre, en el ataque a las torres gemelas de Nueva York. Tal vez porque no teníamos aún TV, aquella película se vivió como si se tratara de un documental fiable. Más tarde, pudimos conocer, no sólo que era un montaje al servicio de los intereses USA, sino que la impresión de realidad se conseguía con numerosos trucos y recursos cinematográficos, para nosotros impensables.

Medio siglo después, esta vez por TV, hemos vuelto a vivir la ilusión de que estábamos viendo todo, en el partido de fútbol Corea España, como los espectadores de teatro –según Hume- ignoran lo que ocurre entre bambalinas. Cuantos más pormenores se conocen de dicho encuentro, más se va confirmando que lo verdaderamente decisivo no sucedió ante los espectadores. Decididamente, nos engañaron como a chinos, los chinos, o, más exactamente, los verdaderos coreanos nos engañaron a los que no somos más que coreanos de segunda “b”, coreanos apócrifos, coreanos de ENSIDESA. Alguien pudiera ofenderse, y sostener que, si bien tenemos el humilde origen de ENSIDESA, también somos herederos de los griegos clásicos, que contraponían su democracia –aunque fuera una democracia esclavista- a las tiranías asiáticas. Pero ni siquiera este noble origen nos salva, pues el llamado “padre de la historia” sostenía que los dioses protegieron a los griegos, atacados injustamente por los asiáticos, porque el régimen político helénico era más justo. Dando la vuelta al argumento del viejo Herodoto –modus tollens- , podemos concluir que si los dioses no nos han protegido en esta ocasión, bien puede ser porque nuestro régimen político no mejora significativamente al de los sur-coreanos.

La gente ha entendido bien, al recibir a la selección española en Barajas, lo que corresponde a los jugadores y lo que merecen los directivos, Villar y el Secretario de Estado para el Deporte. Ciertamente, los futbolistas no llegaron a suscitar el respeto y admiración de un Puchades o un Zarra, al regreso de Río, en 1950, pero sí fueron ovacionados porque, sin duda, hicieron un papel digno, en una competición de gran igualdad. La gente, en cambio, sisea a Villar, que, al no dimitir de su puesto de vicepresidente de la FIFA, está siendo cómplice, con su actitud, de los conchabos de Warner, el presidente de la Federación Americana CONCACAF, de Blatter, el presidente de la FIFA y de Kim Dae Jung, el presidente coreano. ¿No sospechó, Villar, de un árbitro cuyo nombre, Ghandur, Gandul, era ya un presagio de lo que pasó? ¿Y qué decir del juez de línea , o árbitro ayudante, Ragoonath, trinitense, con un misterio que se desveló en el caluroso abrazo de Warner y Kim Dae Jung.

Los dioses ya no quieren proteger a los herederos de los antiguos helenos –como quería Herodoto- , porque, frente al amor al poder, el amor a la riqueza y el afán tiránico de los seguidores de Cresos, los occidentales ofrecemos más de lo mismo, en vez de procurar siempre la moderación y la igualdad, que postulaba el padre de la historia..